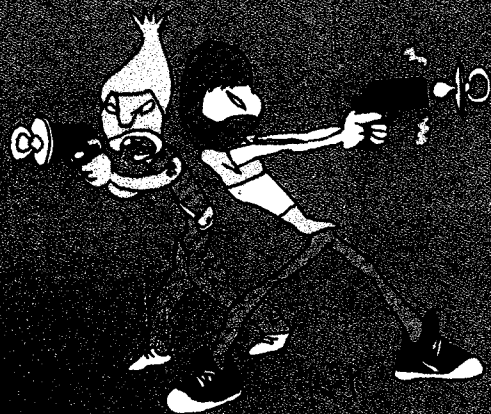


LOS PIBES CHORROS

ESTIGMA Y MARGINACIÓN



LIBROS PARA TODOS
COLECCIÓN DIRIGIDA POR JOSÉ NÚÑEZ

ci

LOS PIBES CHORROS

25

dos, adjudicándoles a todos ellos la condición de delincuentes. El temor de quienes sostienen esta posición es que vincular pobreza y delito lleve a políticas que repriman indiscriminadamente a los pobres, con medidas como cercar o allanar salvajemente las villas miseria y barrios populares.

Paradójicamente, desde un ángulo ideológico opuesto se suele sostener el mismo argumento, desvinculando también a la pobreza del delito. Sólo que esta vez con el objetivo de negar que el delito tenga causas sociales y atribuírselas a la perversidad moral del delincuente y así justificar el incremento del castigo. Por eso, muchas veces quienes sostienen políticas de "mano dura" suelen negar que la pobreza se relacione con la delincuencia.

Veamos cuál es la respuesta sociológica a estos debates que se plantean con no poca frecuencia en los medios y entre la gente.

Max Weber —uno de los padres fundadores de la sociología— señaló alguna vez que en el ámbito de lo social las relaciones entre causa y efecto funcionan de manera diferente a lo que sucede en el terreno de las ciencias naturales. En el ámbito social, apuntó, las relaciones son casi siempre probabilísticas, mientras que en las ciencias naturales el determinismo manda.

Un breve ejemplo ayudará a entender el problema. Si pensamos en el fenómeno físico de la gravedad encontraremos que hay una relación de determinación: siempre que dejamos caer un objeto, éste se precipitará hacia abajo con una aceleración y una fuerza que podemos precisar mediante una ecuación matemática. Es decir, no es tan sólo probable que caiga, sino que necesariamente caerá, y de hecho lo hace.

Pero en el ámbito de lo social las relaciones entre causa y efecto actúan de otro modo; la existencia de una causa hace probable, pero no determina, que el efecto realmente ocurra. En tal sentido, si la gravedad se comportara como un fenómeno social diríamos más o menos lo siguiente: es probable, pero no necesario,

que el objeto caiga. Y encontraríamos que frecuentemente el objeto se precipita, pero otras veces saldría flotando de nuestra mano, y nos resultaría bastante difícil determinar cuándo ocurriría una cosa y cuándo otra.

Un problema adicional es que rara vez puede decirse que dada una causa exista una probabilidad (fácil de medir en porcentajes) de que el efecto se produzca; sabemos que hay una probabilidad mayor o menor, pero no podemos decir con exactitud cuál es el tamaño exacto de esa diferencia. Este principio general se aplica a las relaciones entre pobreza, desigualdad, desempleo y delito. Sabemos que todos estos factores incrementan la probabilidad de que la inseguridad se vuelva un problema social, pero no hay una relación determinista, sobre todo si consideramos el problema a nivel de los individuos.

De manera que —siguiendo estos razonamientos— si yo coloco a una persona en situación de pobreza existen más posibilidades de que incurra en actos delictivos; diferente sería el comportamiento si el sujeto elegido estuviera en una posición económica holgada. Pero aun así nadie puede asegurar que el individuo en estado de miseria cometerá delitos. De igual modo no puede decirse que *todos los pobres son delincuentes*, ya que no siempre la carencia económica conduce a elegir ese camino; tampoco puede afirmarse que la pobreza no se relaciona de ninguna manera con el crecimiento de la inseguridad, ya que a veces esa vinculación se torna evidente.

Sabemos entonces que la relación entre pobreza y delito es probabilística, pero todavía no tenemos claro cómo ambos factores se asocian entre sí. Para comprenderlo a fondo es necesario que incorporemos nuevos elementos de análisis. Nos hemos referido hasta aquí a pobreza, desigualdad y desempleo como si fueran fenómenos similares (o como si incidieran de la misma manera en el aumento de la criminalidad) pero no es así.

De hecho los sociólogos han discutido bastante sobre si la pobreza —o la desigualdad social— son por sí mismas las causantes de la inseguridad. O, con mayor precisión, si ayudan a incrementar las probabilidades de que se cometan delitos. Robert Merton, un reconocido sociólogo estadounidense, añadió un elemento clave para entender el problema. Él dice que es la diferencia entre las expectativas que genera la sociedad y las posibilidades reales de alcanzarlas la que predispone a las personas a transgredir la ley. Dicho de otro modo: *es la pobreza relativa a las expectativas socialmente generadas* la que produce un virtual crecimiento del delito.

Intentaremos aclarar un poco más este principio general. En sociedades que han sido tradicionalmente pobres, la miseria no genera delitos ya que no hay distancias marcadas entre lo que las personas desean y lo que poseen. Dado que esas poblaciones no conocen ni aspiran a otra forma de vida, no encuentran razones valederas para delinquir.

En otros casos, como por ejemplo India, se produce un fenómeno diferente. Por largos períodos, en ese país han convivido sectores privilegiados junto a otros que pasan enormes privaciones. Allí, entonces, los marginados sí conocen los beneficios de las condiciones de vida de los más ricos. Sin embargo la cultura de los hindúes no propone las mismas metas para todos los sectores de la sociedad; por eso entre los más pobres no se instala la necesidad de alcanzar el nivel de vida de los sectores pudientes; sus objetivos de existencia son otros que sí están a su alcance. Y por ello no tienen motivos significativos para delinquir.

El caso citado es obviamente distinto a lo que sucede en países como el nuestro donde se dan las condiciones señaladas por Merton: aquí se promueven *metas comunes* de consumo y bienestar para el conjunto de la población; pero hay sectores sociales que sufren restricciones crecientes y que no tienen posibilidades reales de alcanzar ni siquiera mínimamente esas metas. La situa-

ción es todavía más grave cuando existe pauperización: las personas se empobrecen perdiendo posibilidades de las que disfrutaban anteriormente. En este caso se puede transformar al delito en un problema social, ya que muchas veces la transgresión es la manera de alcanzar, aunque sea transitoriamente y a un alto costo, lo que no puede obtenerse por los canales convencionales.

El desempleo actuaría aquí como un tercer componente de la ecuación. En las sociedades occidentales industrializadas el empleo asalariado es el medio de supervivencia y progreso por excelencia. Pero el empleo no sólo funciona en esos países como el mecanismo por el cual las personas logran su mejoría material; también define, de hecho, un ámbito de pertenencia social.

Así, por caso, cuando alguien nos pregunta qué o quiénes somos acostumbramos mencionar directamente nuestro empleo o profesión; el lugar en el mundo de cada cual está básicamente definido por su ocupación específica. De manera que el sólo hecho de responder *desempleado* nos ubica en un lugar de no pertenencia, claramente señalado por el prefijo *des*; no tener empleo significa en alguna medida no ser, dejar de existir, una suerte de muerte social.

Por eso el hecho de estar desocupado implica, para muchas personas, colocarse fuera de uno de los principales ámbitos de integración social. Pero además el empleo actúa como un profundo regulador de nuestras vidas. Establecemos un proyecto de vida, (es decir, las etapas de nuestra existencia) en relación al trabajo; incluso nuestras rutinas cotidianas y hasta las maneras de usar el tiempo y el espacio están organizadas por el empleo que tenemos. Y esto ocurre de forma tal que, en un sentido muy profundo, perder la condición de empleado genera una enorme distancia entre lo que se aspira a ser y tener (en los planos psicológico y material) y eso que las condiciones reales nos permiten. No es difícil comprender, en estas condiciones, la posibilidad de que un desocupado encuentre una vía de escape mediante el delito. Pe-

ro para entender el fenómeno en profundidad lo dicho hasta aquí, por supuesto, no basta.

Quienes han estudiado la incidencia del desempleo en el incremento del delito han concluido que la relación entre estos dos términos no es mecánica o directa. Es decir que el crecimiento de la desocupación en un año determinado no generará automáticamente un incremento del delito en ese mismo período. Lo mismo ocurre, más en general, con la desigualdad social: el hecho de que la diferencia entre ricos y pobres aumente en un lapso de tiempo determinado no parece tener un efecto inmediato en el crecimiento de la delincuencia.

Y esto es así porque la relación entre desempleo y delito no está regida exclusivamente por la necesidad económica, sino, principalmente, por la degradación de valores. Dicho de otra forma: una persona que pierde su trabajo no va a dedicarse a delinquir (automáticamente) para encontrar una fuente alternativa de ingresos. Un individuo que ha sido socializado o criado con los valores del trabajo, la familia y la honestidad, difícilmente podrá de la noche a la mañana olvidar toda esa carga cultural; de ninguna manera le resultará fácil buscar un arma y vivir del asalto a mano armada.

Para que ese descalabro se produzca la persona en cuestión debería perder o relativizar gravemente su estructura de valores. Eso puede suceder, pero no es algo que sea fácil de procesar. Más aun si se trata de alguien que ha llegado a la madurez. Lo que sí ocurre es que los adultos afectados por el desempleo permanente o por la falta de estabilidad laboral van perdiendo progresivamente la capacidad de transmitir a las nuevas generaciones los valores vinculados al trabajo, la educación y la familia.

➔ Algunos sociólogos afirman que el desempleo produce un *clima anómico*, es decir, una pérdida de los estímulos que habitualmente organizan la vida de la gente. En ese contexto es posible que ciertos grupos, particularmente los jóvenes, construyan

un sistema de valores alternativos a los vigentes, y que estos valores se vinculen posiblemente a la transgresión y al delito. Veamos cómo sucede esto en una sociedad como la nuestra.

Es sabido que pese a las transformaciones ocurridas en las últimas décadas, el modelo familiar predominante en Argentina y otros países de la región es patriarcal: el varón actúa como autoridad y principal sostén de la familia. Para quienes siguen las pautas de este esquema resulta sumamente conflictivo que el jefe de hogar no pueda actuar como proveedor. Estas dificultades muchas veces se incrementan ante la posibilidad de que ocurran fenómenos de alcoholismo, crisis en los vínculos, disolución de los lazos de contención y la tendencia a desconocer también los valores que están asociados al modelo familiar tradicional. De manera que el trabajo, la educación, la familia e incluso la casa dejan de ser las instituciones y los ámbitos que ordenan la vida de las nuevas generaciones.

➔ Para los hijos de marginados y desempleados –o de aquellos que sólo acceden a empleos inestables y de baja remuneración– la calle, el grupo de pares o el tiempo libre sin ocupación específica se vuelven espacios de referencia. Imposibilitados ya de incorporar los valores tradicionales (porque han perdido sus sentidos y sus referencias) muchos jóvenes comienzan a generar nuevos sistemas de creencias, vida y cultura. Dado ese estado de cosas –ante la falta de proyectos a largo plazo– la violencia empieza a ser vista como expresión del coraje y la destreza física. Y se vive en una especie de inmediatez, entendido como la necesidad del disfrute repentino e ilimitado en tiempo y espacio.

La criminalidad se agrega a estas actividades, en parte como acción esporádica y aventurera, pero también como fuente de ingresos alternativa y como canal expresivo del resentimiento. Veamos, entonces, que en determinadas condiciones el empobrecimiento, la desigualdad y la desocupación pueden volverse factores

que subrayan la probabilidad de que el delito se transforme en un problema social. Esto no significa, cabe insistir, que todos los jóvenes pobres se vuelquen al delito. Ni siquiera implica que una mayoría de ellos lo haga; pero sí es cierto que una persona afectada por esta suma de dificultades se vea tentada a transgredir la ley de las maneras más diversas.

Asimismo hemos visto que la relación entre desempleo, desigualdad y delito no es mecánica. Se trata, en todo caso, de un proceso complejo. Es una secuencia a mediano plazo que afecta sobre todo a una franja que podríamos denominar como *transición intergeneracional*.

Hemos transitado hasta ahora dos recorridos que dejan abierta una incógnita. Primero logramos establecer que el delito es un problema social importante en nuestro país, aunque no tenemos certezas de cuándo exactamente empezó a ser así; tampoco tenemos claro si es igualmente problemático en todas las regiones y para todos los sectores sociales. Por otra parte, cuando nos preguntamos acerca de las causas del trastorno, nos vimos obligados a echar una mirada por varias teorías sociológicas que explican la asociación entre pobreza, desempleo, desigualdad social e inseguridad; pero, a la vez, esos análisis nos alejaron un poco de la situación específica de Argentina. En el próximo capítulo intentaremos regresar a la situación local para ver cómo las teorías algo abstractas que acabamos de introducir se aplican a nuestra situación específica.

CAPÍTULO TRES VIDA DE PERROS

Pibe chorro no se nace: se hace. Y el proceso por el que se llega a serlo resulta de la interacción entre los individuos y las condiciones sociales en las que éstos se desarrollan. Este proceso en realidad es más o menos generalizable; queremos decir que lo que cada uno (no sólo los pibes chorros) es dentro del orden social al que pertenece es resultante de muy complejos fenómenos de interacción entre el contexto social y características particulares del individuo —como su personalidad, carácter, la interacción con el medio familiar, etc—.

Este principio básico ha sido sostenido por importantes sociólogos como Pierre Bourdieu o Norberto Elias, quienes mostraron cómo cada orden económico y social va estableciendo condiciones que influyen sobre las formas de pensar, sentir, conocer y creer que los miembros de una sociedad adquieren. Incluso cuestiones aparentemente naturales y triviales como la forma de disponer las